

y hasta austero, habia contribuido mucho á que se honrase con una buena disciplina. Semejante ejemplo se propagó con rapidez de la capital á diferentes provincias de la Italia. Habíanse destinado seminarios para perfeccionar la educacion de los estudios eclesiásticos, y edificantes obispos habian puesto sus diócesis bajo un pie respetable. El cardenal Orsini, de quien hemos hablado, hace poco, comunicó sucesivamente su celo á Manfredonia y á Cesena. Nombrado obispo de Benevento, todavía pareció mas grande su virtud colocada en mas vasto teatro. Los monumentos con que enriqueció esta ciudad son los beneficios menores que derramó en ella. Predicaciones frecuentes, paternales instrucciones, numerosos reglamentos, sínodos anuales, y el ejemplo de una piedad profunda, perpetraron los mayores bienes en su diócesis. El cardenal Orsini, adicto á su rebaño, rehusó el arzobispado de Nápoles, donde Inocencio XII le queria tener por sucesor. Y entonces fué nombrado el cardenal Cantelmi para ocupar esta silla. Visitaba su rebaño con esmero, instruía los pueblos, reformaba los abusos, y parecia haberse propuesto imitar al ilustre san Carlos Borromeo. El cardenal Barbadigo acababa de morir en Padua. Su alta piedad, su aplicacion á las buenas obras, y su vida santa y episcopal, le habian hecho la admiracion de su diócesis, y le merecieron despues los honores de la beatificacion. Dionisio Delfini, patriarca de Aquilea, reprimia los abusos y consolaba á los po-

bres. Marcelo Cavalieri, obispo de Gravina, reunia á la piedad el celo y la caridad. Simon Veglini, obispo de Trebico, y despues de Trivarico, se cita como un escelente pastor. Francisco Verde, antiguo obispo de Vico de Sorrento, quien se desprendió de su silla para ocuparse esclusivamente en su salud, era un canonista muy apreciado. Daniel Scoppa, obispo de Nole, religioso edificante y prelado virtuoso era el ámparo de la indigencia: su vida y su muerte corrieron paralelas en santidad. Marcos Battaglini, obispo de Nocera, y despues de Cesena, trabajó sobre la historia eclesiástica, instruyó sus clérigos por medio de las obras que componia, y publicaba libros de piedad útiles á todos los fieles. Pompeo Sarnelli, obispo de Biseglia, es el autor de un gran número de libros de piedad muy apreciados en Italia. El prelado Francesco Bianchini era un sabio igualmente versado en las antigüedades eclesiásticas que en las profanas. Miguel de Amato, doctor en teología en Nápoles, miembro de la congregacion de las misiones apostólicas, es conocido por sus bellas disertaciones acerca de algunas materias eclesiásticas. B. Bacchini, benedictino del Monte-Cassin, predicador célebre, sabio de un raro mérito, escribió acerca de la historia eclesiástica; el marqués Maffei se vanagloriaba de ser su alumno. Justo Fontanini, arzobispo que fué de Ancira, crítico atinado, escritor laborioso, relacionado con todos los sabios nacionales y estrangeros, arrojaba los fundamentos de la alta reputacion que se adquirió despues, y que

sostuvo con una multitud de memorias, disertaciones y cartas sobre diferentes puntos de erudicion. Andreucci, profesor de teología en la diócesis de Pavia, ha dejado muchas obras sobre teología, historia, moral y piedad. Los jesuitas Agnelli y Bonucci han sido fecundos en este último género de escritos. Pablo Segneri, jesuita, sobrino del célebre Pablo Segneri, muerto en 1694, lo imitaba en la santidad de su vida y en el celo por sus misiones: feneció, reputado por santo en Sinigaglia, el 25 de junio de 1713. Otro jesuita, el P. Alemanni, se distinguía por una eminente piedad. Hase publicado su vida, y hasta le atribuyen milagros.

La Sicilia se vió por algun tiempo agitada por disputas acerca del quietismo. El ruido que habia hecho este error, á fines del siglo precedente, volvía á los pastores mas activos para con los vástagos que de vez en cuando arrojaba todavía. Una Siciliana, llamada la hermana Teresa, fué acusada de iluminismo. Decíase á sí misma la cuarta persona de la Trinidad y la co-redentora de los hombres. Recorria toda la isla, divulgando estas locuras, y no le faltaban gentes tan pacatas que dejasen de creerla. Prendiéronla por fin cuando se disponia á irse mas lejos á predicar.

En Toscana, Cosme III, de la familia de los Médicis, grande duque de Toscana, hizo venir de Francia á diez y ocho religiosos trapistas, á quienes destinó á la fundacion de una colonia de esta orden en Buon-Solazzo. Ellos perpetuaron en

efecto en este monasterio, el espíritu de la reforma introducida por el piadoso abate Rancé. A la cabeza de estos trapistas estaban el conde Davia, piamontés, y el conde de Rosemberg, de la familia de Janson, los cuales habian desempeñado un gran papel en el mundo, y disgustados al fin de las grandezas, abrazaron las austeridades de la penitencia. Pocos años despues, el Papa pidió tambien trapistas para reformar una abadía de benedictinos en Roma. Dom de la Cour, uno de los sucesores del abate de Rancé, fué el encargado de ir á verificar esta fundacion.

FRANCIA.

A principios del siglo XVIII la Iglesia de Francia proseguía hallándose en una de las situaciones mas felices en que se haya visto jamas. Conservaba el grande character que habia adquirido en el siglo precedente, cuando tantos personajes, eminentes en santidad y en doctrina, la volvieron respetable por sus talentos, sus virtudes y su celo. La disputa del quietismo no habia alterado sino medianamente la paz de que gozara, y esta disputa, terminada de improviso con la sumision del arzobispo de Cambrai, ya habia desaparecido cuando principió el siglo XVIII. La discusion del Jansenismo, sin comparacion mas grave y acalorada, estaba á la sazón tambien de tal suerte amortiguada que

podía crérsela como no existente. No es precisamente que este partido dejase de revolverse de vez en cuando, y anunciar su existencia mediante arranques indiscretos, escritos, ó actos mas ó menos notables de insubordinacion. Mas estos movimientos no presentaban todavía un caracter ni vivo ni alarmante. Los partidarios del disturbio se veian reprimidos por el celo de los obispos, y por la sabia firmeza del príncipe. El fuego en tal caso ardía lentamente debajo de la ceniza. El clero se presentaba animado del mejor espíritu. Formado para la piedad en las numerosas congregaciones que se habian establecido en el siglo precedente, y que subsistian con toda su regularidad, ofrecia hermosos ejemplos de virtud, y muchos de sus miembros reproducian las eminentes calidades que habian distinguido anteriormente á los la Rochefoucauld y los Berulle bajo la púrpura romana, á los Gault y los Solminiac en el obispado, á los Vicentes y los Olier en el sacerdocio, á los Regis y los Rancé en fin en el estado religioso.

En 1701 hubo siete cardenales franceses, el cardenal Bouillon, del cual hemos hablado ya, el cardenal de Estrées, antiguo obispo de Laon, el cardenal de Bonzi, arzobispo de Narbona, el cardenal Le Camus, obispo de Grenoble, el cardenal de Janson, obispo de Beauvais, el cardenal de Coislin, obispo de Orleans, el cardenal de Noailles, arzobispo de París. El menos ilustre de nacimiento, pero mas recomendable por sus calidades episco-

pales, era el cardenal Le Camus, prelado frugal, austero, alejado de toda ambicion, entregado á las prácticas de la piedad, y asiduo en su diócesis, donde se consagraba con celo á las funciones de su ministerio.

Entre los obispos habia un gran número que pudieran muy bien citarse con honor. Descollaba en primer lugar ese hombre prodigioso, cuyo solo nombre fué el mas brillante ornamento de su siglo, Bossuet, avanzado ya en edad, parecia no haber perdido nada de su antiguo celo y vigor. Una y otra calidad acababa de desplegar contra el quietismo, cuando le vió todavía el siglo XVIII con las armas en la mano combatiendo una crítica temeraria. Colocado por sus talentos á la cabeza de la Iglesia francesa, respetado fuera y dentro, honrado con la confianza del príncipe, no parecia sino que reuniese en él por sus trabajos y servicios la autoridad de los doctores y los padres. Historiador, orador, teólogo, y controversista, se habia distinguido en cada uno de estos géneros con escritos inmortales. Él fué el que rehabilitó para la Iglesia á muchos personajes célebres. El mariscal de Turenna, madama de Duras, ministros, sabios, todos le debieron su regreso á la verdad. Harto conocida es la brillantez con que se presentó en la asamblea del clero de 1682 el obispo de Meaux. Alma de las deliberaciones que hubiera allí, las defendió todavía en una obra muy conocida. Perteneció á la asamblea del clero de 1700 y contribuyó mas que todos á

hacer condenar un gran número de proposiciones sobre la moral, y otras cuatro, que tendian á favorecer y reanimar el jansenismo. Ya habia anteriormente escrito á los religiosos de Puerto Real, exhortándolos á firmar el formulario; y habia manifestado, dice un apelante, un grande celo para impedir que no sufriese esta firma el menor menoscabo. Él fué de los primeros en condenar el *Caso de conciencia*, y se levantó contra la *Biblioteca eclesiástica* del doctor Dupin. Su conducta fué constantemente la de un prelado ejemplar, celoso, continuamente ocupado en el bien de su diócesis en particular, y en general en el de la Iglesia, llenando todos sus deberes y predicando habitualmente ora en Meaux, ora en sus visitas pastorales.

En Cambrai Fenelon persuadió al amor de la virtud por su dulcísima piedad; honraba su desgracia con noble firmeza, y repartía su tiempo entre el gobierno de su diócesis y la composicion de obras elocuentes y sólidas que le aseguraron muy justa reputacion. Nombrar á Fenelon es renovar el recuerdo de la virtud mas amable y de la caridad mas tierna. Todavía interesa su memoria á todas las almas sensibles, y sus grandes calidades han dominado hasta á aquellos mismos que no han participado de sus sentimientos religiosos. Los filósofos de nuestros dias lo han cubierto de elogios. Sin embargo será menester no imaginarse por lo que han dicho de él alguna vez que la indulgencia de Fenelon provino de su indiferencia para con

todas las creencias religiosas. Si este grande hombre fué estremadamente dulce, moderado y caritativo, tambien fué sinceramente piadoso. Firmemente adicto á la fe, sus acciones, sus obras, todo el conjunto entero de su conducta, atestiguan su amor á Dios y su sacrificio á la religion. Misionista en Poitú acabó de mover con el ejemplo de sus virtudes á los que ya habian hecho vacilar sus instrucciones. Encargado de la educacion de los nietos de Luis XIV, consiguió formar en el primogénito de estos príncipes un heredero digno del trono de S. Luis. Grabó profundamente en el corazon del duque de Borgoña principios de religion, de sabiduría y equidad, á fin de que hiciese la felicidad de un grande Imperio. Nombrado en 1695, arzobispo de Cambrai, hizo dimision inmediatamente de una abadía, en cuya posesion estaba poco tiempo hacia, y se retiró en su diócesis de donde no salió mas. Pasariamos por alto la contienda del quietismo, á no querer observar con cuanta prontitud abandonó su libro, así que la santa Sede lo hubo condenado. Despues de haber formado la felicidad de una vasta diócesis Fenelon murió en 1715. Fué un dia de luto para su rebaño de quien habia sido tan bienhechor. Cosa verdaderamente digna de ser notada, es la union é inviolable fidelidad de los amigos de este grande hombre. Fueron los mas virtuosos de su tiempo, el duque de Borgoña, quien le conservó un afecto inalterable en la desdicha, los duques de Beauvi-



lliers y de Chevreuse, los abates de Laugeron, de Chaüterac y de Beaumont, los señores de Puy y de Lechelle. Siguiéronle los unos en su destierro, y los otros prolongaron con él una asidua correspondencia. Alejado de Versalles, era sin embargo su mentor y su oráculo, y era tal el ascendiente de su virtud y caracter, que desde el fondo de su destierro, dictó mas de una vez, sin que lo advirtiese un monarca prevenido, tanto los dictámenes de los ministros, como las resoluciones del consejo. A mas de estos dos grandes hombres, cuyo mérito y reputacion, para decirlo así, los hizo sin iguales, habia tambien otros que se hicieron apreciar por sus conocimientos y virtudes. M. Huet, antiguo obispo de Avranches, era un prelado de grande erudicion. Su *Demostracion evangélica*, su edicion de los *Comentarios de Orígenes sobre la sagrada Escritura*; sus *Cuestiones sobre la concordia de la razon y la fe* (pasamos aquí por alto muchas obras que no tienen ninguna relacion con nuestro objeto), han obtenido brillante reputacion, y la obtendrian aun hasta en un siglo menos frívolo. Este sabio, el cual habia concurrido con Bossuet á la educacion del Delfin, renunció las funciones del obispado para darse al estudio, pasando el resto de sus días en un retiro laborioso. De la Broue, obispo de Mirepoix, honrado con la amistad de Bossuet, es autor de cartas pastorales dirigidas á los nuevos reunidos de su diócesis; acerca de la Eucaristía. De la Valliere, antiguo obispo de Nan-

tes, publicó algunos libros de piedad, á los cuales dió grande fuerza su vida ejemplar y retirada. Flechier, obispo de Nimes, célebre tanto tiempo por su elocuencia, se hacia querer hasta de los protestantes por su moderacion y caridad. A mas de sus oraciones fúnebres, se conservan algunos sermones suyos, la vida de algunos hombres grandes, y cartas é instrucciones pastorales que anuncian un celo discreto y un alma digna de un obispo. Mascaron que habia recorrido la misma senda de Flechier, consagrado obispo á par de este, se esforzó tambien en convertir protestantes, con las armas de la persuasion y la dulzura. Dícese que en efecto le salió bien, pues fueron convertidos la mayor parte de los que se hallaban en su diócesis de Agen; triunfo mucho mas lisonjero todavía que los obtenidos otras veces en las cátedras de la capital donde habia resplandecido.

No manifestaban menos virtud y celo muchos otros prelados no tan conocidos. De Marais, en Chartres; de Berthier, en Blois; de Foresta-Cologne, en Apt; de la Brutiniere, en Saintes; Girard, en Poitiers; de Francheville, en Perigueux; Taffoureau, en Alet; de Saluz, en Alais; de Bertier, en Rieux; de Grammont, en Besançon; de Bethune, en Verdun, etc.; eran todos pastores llenos del espíritu de su estado, daban al clero ejemplos de una vida verdaderamente sacerdotal, y vigilaban mucho el rebaño que se les habia confiado. Sus nombres se han conservado largo tiempo con ho-

nor en sus respectivas diócesis. De Thomassin, en Sisteron; de Chalucet, en Tolon; de Poudenx, en Tarbes; de Bethune, en Puy; de Roquette, en Autun; de Nesmond, en Bayeux; Poncet, en Uces; empleaban de una manera recomendable el producto de sus rentas. Seminarios, hospitales, establecimientos de utilidad general, he aquí lo que se levantaba á la voz de estos pastores caritativos y generosos, los cuales despues de haberse ocupado, durante su vida, en el socorro de los pobres, les dejaban todavía casi todos á la hora de su muerte todo lo que poseian. No nos lisonjemos de haber nombrado ya á todos los obispos que merecen ser conocidos. Muchos habia que confinados en distantes provincias, hacian el bien secretamente y en silencio. Solo sabian el secreto los que recibian sus beneficios. Sin duda ya han conseguido la recompensa de aquel á quien nada se oculta.

El clero de segundo orden no era menos digno de atraerse la atencion. Las congregaciones establecidas en el siglo precedente proseguian la obra para la cual habian sido instituidas. Casi todas tenian á su frente hombres de mérito; el Oratorio lo gobernaba el padre de la Tour, sacerdote respetable que rehusó muchas veces el obispado y disfrutó de la confianza de los príncipes y grandes, sin servirse jamas de su influjo sino para practicar mas la virtud. No tenian menor crédito Tiberge y de Brisacier, entrambos del seminario de las Mi-

siones extranjeras, y no hacian de él menos digno uso. Tronson, ese gefe tan querido de una congregacion util, acababa de fenecer. La congregacion de Saint-Maur se sostenia en el espíritu de la reforma que se estableciera en ella anteriormente. Florecia el gusto de los buenos estudios, y sabios religiosos se distinguian, cada uno en su género, ya sea con una vida laboriosa, ya con felices investigaciones.

No habia punto de las ciencias eclesiásticas que no se cultivase con celo digno de elogios. La Escritura era estudiada á la vez con una piedad esclarecida y una crítica discreta. Duguet y de Asfield, hacian en París esas conferencias tan frecuentes á la sazón y hasta tan célebres, á las cuales debemos las obras que publicaron despues; á saber, la *Esplicacion del Génesis*, la *de Job*, la *de los Salmos* y la *de la Pasion*. El caracter de los escritos de Duguet le dará mas larga vida que á los demas escritos salidos de la misma escuela. Asocian á su solidez la unción, y no tienen acaso otro defecto que algo de prolijidad. Los demas autores, que trabajaron acerca de la sagrada Escritura. Fueron los padres Bouhours, Frassen, Lallemand, Mauduit. El último publicó atinadas análisis de casi todas las partes del Nuevo Testamento. Lallemand procuró en sus *Reflexiones morales sobre el Nuevo Testamento*, correr la esponja del olvido sobre un libro que llevaba igual título, compuesto por un hombre famoso. Guarin y Masclef, célebres he-



braizantes, tan rivales de ciencia como de método, trabajaban, bien que de una manera diferente cada uno, para facilitar á los demas el estudio de la lengua que poseian á fondo.

Los teólogos de esta época son en gran número. Genet, obispo de Vaison, Duhamel, Habert, Tournely, Vuitase, los padres Alejandro, Gisbert, Juenin, han dejado tratados de dogma y de moral. Muchos han sido criticados y algunos son en efecto reprecensibles. Mas estos mismos no carecen de mérito, por lo menos en algunas partes. El padre Alejandro y el doctor Tournely eran en verdad hombres muy instruidos. Las decisiones del caso de conciencia de Pontas se reputan como una guia segura en cuanto á moral. El Catecismo, dicho de Montpellier, por el padre Pouget del Oratorio, es una de las obras mas completas en este género. En la controversia el abate de Cordemoi, el padre Dez, Jesuita, y Hue-Delauné manifestaron tanto celo como talento; aplicáronse los tres á la conversion de los protestantes, y poniendo tanta fuerza en sus escritos, como dulzura en su conducta, consiguieron convertir á muchos en París, Alsacia y Normandia, paises que fueron el teatro principal de sus esfuerzos. Otros escritores menos conocidos, le Febre, le Grand, Lallouette trabajaban con el mismo objeto. Luis XIV habia á la par contribuido á escitar en este género el celo de los teólogos. Muchos protestantes hasta algunos de sus ministros, habian abandonado su error. Obrecht, Papin, Hu-

gy, Brueys, Gilli, Courdil, Clemente, Saurin, de Versé, parecieron casi todos entrar de buena fe en el seno de la Iglesia. Babin, teólogo esclarecido, casuista sabio, establecia en las *Conferencias de Angers* los principios de una moral distante igualmente de la relajacion que de una afectada austeridad. Las *Conferencias de Langres* por Bourrée, las de *Luçon* por Dubosc, las de *París* por Le Semelier; las de *Amiens* por Masclef, aun cuando no hayan obtenido grande reputacion, no carecen sin embargo de algun mérito. Sabios liturgistas, trabajaban á la par acerca del rito y ceremonias de la Iglesia. Breyer, Pedro le Brun, le Brun llamado Desmarettes, Chatelain, Grancelas, Théraize, dom de Vert, hicieron en este género muy útiles averiguaciones y daban esplicaciones satisfactorias, donde hallaban sabroso pasto, tanto la erudicion, como la piedad. Redactáronse tambien Breviarios, donde la crítica era mas exacta, donde se empleaba con mas frecuencia la sagrada Escritura, y donde en fin ofrecian los himnos y las prosas un estilo mucho mas noble y claro. Santeuil habia consagrado su talento á estas partes del divino oficio.

Sublimaban el ministerio de la cátedra oradores de distinguido mérito. Bourdaloue anunciaba la palabra de Dios; desde treinta años á aquella parte. Lleno de celo y de caridad, laborioso, convencido de la dignidad de las funciones que ejercia con desembarazo, este hombre apostólico sostuvo con sus virtudes la fuerza de sus discursos. Des-